



# **LA MISERICORDIA.** LA PRIMERA VERDAD DE LA IGLESIA

**TEMA 3 / PARTE 2**

## 1\_ ORACIÓN INICIAL

*Oración del Papa Francisco para el Jubileo de la Misericordia:*

Señor Jesucristo,  
tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del Cielo,  
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.  
Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.  
Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero;  
a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad solamente en una creatura;  
hizo llorar a Pedro luego de la traición,  
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.  
Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra que dijiste a la samaritana:  
¡Si conocieras el don de Dios!  
Tú eres el rostro visible del Padre invisible,  
del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia:  
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.  
Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad  
para que sientan sincera compasión por los que se encuentran  
en la ignorancia o en el error:  
haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado,  
amado y perdonado por Dios.  
Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción  
para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor  
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres  
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos  
y restituir la vista a los ciegos.  
Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,  
a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.  
Amén.

## 2\_ MOTIVACIÓN

<https://www.youtube.com/watch?v=3R8UkUlhKnQ>

Video inspirado en la parábola del Hijo Prodigio (*Lucas 15, 11-32*)

Música de One Republic "*Come Home*"

### 3\_ PALABRAS DE UN SANTO

De la Encíclica *Dives in Misericordia* del Papa Juan Pablo II:

«(...) en Cristo y por Cristo, a través de sus acciones y palabras y, finalmente, mediante su muerte en la cruz y su resurrección (...), se hace también particularmente visible Dios en su misericordia, esto es, se pone de relieve el atributo de la divinidad, que ya el Antiguo Testamento, sirviéndose de diversos conceptos y términos, definió «misericordia». Cristo confiere un significado definitivo a toda la tradición veterotestamentaria de la misericordia divina. No sólo habla de ella y la explica usando semejanzas y parábolas, sino que además, y ante todo, él mismo la encarna y personifica. El mismo es, en cierto sentido, la misericordia. A quien la ve y la encuentra en él, Dios se hace concretamente «visible» como Padre «rico en misericordia».

La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de «misericordia» parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia.

(...) Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como «Padre de la misericordia», nos permite «verlo» especialmente cercano al hombre, sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad. Debido a esto, en la situación actual de la Iglesia y del mundo, muchos hombres y muchos ambientes guiados por un vivo sentido de fe se dirigen, yo diría casi espontáneamente, a la misericordia de Dios. Ellos son ciertamente impulsados a hacerlo por Cristo mismo, el cual, mediante su Espíritu, actúa en lo íntimo de los corazones humanos. En efecto, revelado por El, el misterio de Dios «Padre de la misericordia» constituye, en el contexto de las actuales amenazas contra el hombre, como una llamada singular dirigida a la Iglesia.

(...) Deseo pues que estas consideraciones hagan más cercano a todos tal misterio y que sean al mismo tiempo una vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia, de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen necesidad, aunque con frecuencia no lo saben.

## 4\_ PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y EL DIÁLOGO DE LOS GRUPOS

1. “Derrumbadas las murallas que por mucho tiempo habían recluso a la Iglesia en una ciudadela privilegiada, había llegado el tiempo de anunciar el Evangelio de un modo nuevo... la Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre” (*Misericordiae Vultus* 4)
  - a. ¿Percibo la responsabilidad de ser signo para los demás? ¿Cuándo? ¿Cómo estoy reaccionando ante esto?
  - b. ¿Con mi actitud, contribuyo a volver a levantar murallas que recluyen a la Iglesia en una ciudadela privilegiada, un búnker para una élite de selectos o una catacumba oculta donde estar a gusto y protegido del mundo?
  - c. ¿Encuentro alegría en vivir amando a los demás en nombre de Cristo y en la comunión con toda la Iglesia? ¿Es para mí una carga? ¿es una alegría sólo cuando implica que “mi imagen” puntúa delante de los demás? ¿Es una alegría que nuestro grupo viva como “un grupo más dentro de la Iglesia”, o la comunión con los otros es un problema?
2. “Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr *Mt* 25,31-45). Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y

rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga ... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: *A la tarde, te examinarán del amor*” (*Misericordiae Vultus* 15)

- a. ¿Conozco la alegría de dar de comer, de dar de beber o de vestir o asistir a los necesitados?
  - b. ¿Qué dificultades tiene el acompañamiento de los que más sufren? ¿De dónde podemos sacar la fuerza para perseverar en este acompañamiento?
  - c. ¿He sabido resolver dudas y aconsejar como Jesús lo hace conmigo? ¿Es fácil enseñar o corregir a quienes ignoran lo que yo creo saber bien?
  - d. ¿He tenido el privilegio de consolar a quien estaba solo o afligido? ¿cómo? ¿Y he reconocido allí a Jesús?
  - e. ¿Alguna vez he perdonado de verdad? ¿Qué es lo más difícil de perdonar? ¿Es posible olvidar, desterrar el rencor y la violencia, o incluso todo resentimiento y todo obstáculo al amor, al menos, internamente?
  - f. ¿Hasta qué punto orar es para mí un modo de misericordia? ¿Lo practico habitualmente? ¿Me sostiene para soportar con paciencia los defectos ajenos? ¿Me sirve para dejar la crítica, la difamación, las burlas o los juicios o puede ser compatible rezar con una mirada que condena a los demás?
3. “La Iglesia vive la comunión de los Santos. En la Eucaristía esta comunión, que es don de Dios, actúa como unión espiritual que nos une a los creyentes con los Santos y los Beatos cuyo número es incalculable (cfr Ap 7,4). Su santidad viene en ayuda de nuestra fragilidad, y así la Madre Iglesia es capaz con su oración y su vida de ir al encuentro de la debilidad de unos con la santidad de otros. Vivir entonces la indulgencia en el Año Santo significa acercarse a la misericordia del Padre con la certeza que su perdón se extiende sobre toda la vida del creyente. Indulgencia es experimentar la santidad de la Iglesia que participa a todos de los beneficios de la redención de Cristo, para que el perdón sea extendido hasta las extremas consecuencias a la cual llega el amor de Dios. Vivamos intensamente el Jubileo pidiendo al Padre el perdón de los pecados y la dispensación de su indulgencia misericordiosa” (*Misericordiae Vultus* 22)

- a.** ¿Tengo la certeza de que al participar de la Misa me uno a la “comunidad de los Santos”? ¿Veo importante luchar por esta certeza o prefiero alguna vez una Misa “para mí sólo” o “para mi grupo y nadie más”?
- b.** ¿Le hago un favor a la Iglesia cuando participo de la Misa o del perdón de los pecados, o siento que la Iglesia intercede por mí, que me bendice, o que me ayuda?
- c.** ¿Tengo presente a alguna persona que ya ha muerto en mi trato con Dios? ¿He ofrecido misas o indulgencias de otro tipo por los difuntos? ¿Por los míos? ¿Por las almas del purgatorio? ¿por las más necesitadas de la misericordia de Dios?
- d.** ¿Tengo el deseo de que todos los hombres del mundo se salven? ¿Preferiría que no todos se salvaran? ¿Hago algo para que todo el mundo pueda salvarse o al contrario mi actitud es indiferente ante el presente o futuro de los demás?
- e.** ¿Me esforzaré por aprovechar toda la Indulgencia que puedo conseguir en este Año de la Misericordia?
- 4.** “El pensamiento se dirige ahora a la Madre de la Misericordia. La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios. Ninguno como María ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor” (Misericordiae Vultus 24)
- a.** ¿He sentido la dulzura de la mirada de María? ¿Qué efecto tuvo en mí?
- b.** ¿Cómo está mi relación con María en este momento? ¿Avanza mi confianza en ella, mi trato con ella, mi imitación de su ejemplo?
- c.** ¿Deseo llevar dentro de mí la Misericordia de Dios como lo hizo María? ¿Intuyo como Ella las necesidades de mi entorno? ¿Intercedo ante Jesús como ella por las necesidades de los demás? ¿Quiero ser como María?